

Ciclo de Conferencias

LAS LENGUAS DE ESPAÑA

Sevilla, 7, 8, 9 y 10 de marzo de 1995



No podía faltar, en unas Jornadas dedicadas a las lenguas de España y celebradas en Sevilla, un tiempo dedicado a reflexionar sobre las cuestiones fundamentales que plantea la forma lingüística de esta tierra. Es de todos sabido (aunque lamentado por algunos) que Andalucía tiene, como otras regiones de España, una lengua propia, pero no exclusiva. También es sabido que esa lengua, *castellano* o *español* (el nombre ahora no importa), ha adquirido en nuestra región unos modos específicos, que son evidentes no sólo para los estudiosos, sino para casi todos los hispanohablantes (y aun para gentes de otras lenguas): hasta tal punto ello es así que la forma lingüística andaluza ha acabado simplificándose en una imagen, tópica sí, pero la única conocida por muchos.

Pero no sólo hay conocimiento vulgar. Los estudiosos, lingüistas, dialectólogos e historiadores, llevan muchos años descubriendo, analizando y explicando los fenómenos más variados de estas hablas andaluzas. No se trata el andaluz de un desconocido para la Filología: por el contrario, sobre él han trabajado algunos de nuestros más eminentes investigadores (Amado Alonso, Ramón Menéndez Pidal o Rafael Lapesa); a él se dedicó el primero de los Atlas lingüísticos

regionales, dirigido por Manuel Alvar, a quien tanto debe el conocimiento científico del dialecto; y sobre él se ha trabajado, y se sigue trabajando, en los más diversos ámbitos de la Lingüística.

Sin embargo, ambos mundos no se han encontrado. La amplísima labor de los investigadores apenas ha tenido eco, desgraciadamente, más allá de los límites académicos. De ahí que, en Andalucía y fuera de Andalucía, pervivan tantos tópicos, tantas afirmaciones sin fundamento, tantos montajes conceptuales ilusorios sobre el habla andaluza, que no tendrían otro problema que el de su radical falsedad, si no fuera porque, amparados en la ignorancia colectiva, alcanzan en demasiadas ocasiones el favor de su presencia en los medios públicos de comunicación y, lo que es peor, en la esfera política y en el ámbito educativo.

Creo que sólo esto bastaría para justificar el interés de esta Mesa redonda. En ella, diversos profesores de la Universidad española, todos ellos estudiosos cualificados del andaluz, y todos ellos andaluces de nación, van a poner de manifiesto algunas de las cuestiones que hoy siguen siendo conflictivas en nuestro conocimiento de la historia y de la realidad actual de estas hablas; cuestiones que, además, tienen una importantísima proyección hacia la sociedad andaluza.

He dicho que sabemos ya mucho sobre el andaluz. Pero quizá sea aún más lo que nos falta por conocer. Sabemos que se gestó en el Reino de Sevilla en la Baja Edad Media, en un ambiente de extrema movilidad social, y se consolidó en buena parte gracias a su aceptación complacida por casi todos los grupos sociales de la urbe sevillana del XVI. Sabemos, en líneas generales, cómo se fueron produciendo los principales fenómenos distintivos (ceceo y seseo, confusiones y pérdidas de consonantes finales, etc.). Sabemos su distribución actual, geográfica y social. Sabemos bastante de su

vocabulario. Pero aún ignoramos la época en que, verdaderamente, nació esta “disidencia” andaluza, quiénes fueron sus responsables, y de qué modo funcionaron esos procesos lingüísticos constitutivos. Ignoramos casi todo sobre las formas de construcción sintáctica, sobre “cómo hablan” de verdad los andaluces. Hay muchas áreas que están esperando una investigación a fondo. Y no sólo territorios perdidos en las sierras o en las costas; la movilidad demográfica, que ha hecho crecer tan espectacularmente nuestras ciudades, junto con el acceso masivo a la educación y a la comunicación con el resto de España (o fuera de España), debe de haber producido consecuencias lingüísticas, de las que apenas si hemos analizado algunos flecos. No sabemos tampoco en qué medida las hablas andaluzas han podido implantarse o no, por obra de la emigración. En suma, todo un mundo de problemas al que los investigadores aún no hemos hincado el diente, pero que están ahí esperando.

Ojalá esta Mesa redonda sirva para empezar a andar ese camino.